

LA POLÍTICA ESTATAL MEXICANA:  
CONTINUIDAD EN FRAGMENTOS  
UNA LECTURA DEL LIBRO: ANGUIANO, ARTURO (2010).  
*EL OCASO INTERMINABLE. POLÍTICA Y SOCIEDAD EN EL  
MÉXICO DE LOS CAMBIOS ROTOS.* MÉXICO: EDITORIAL  
ERA

*Bajo el Volcán* núm. 20, año 12, marzo-agosto 2013

Eduardo Bautista Martínez

Instituto de Investigaciones Sociológicas de la UABJO  
ecbm00@gmail.com

La lectura del libro de Arturo Anguiano provoca una serie de preguntas: ¿Existe una transición?, ¿hacia dónde? Suponiendo que estamos pasando de una situación determinada a otra distinta, ¿cuál es el puerto?, ¿quiénes son los actores?, ¿cuáles son las reglas? (si es que existen). ¿O estamos entrando a una etapa de descomposición en donde prevalece la ley del más fuerte? Y si se trata de la ley del más fuerte, ¿cómo se configura éste? En el libro se apunta que se trata de un oligopolio mundial. Siendo así, ¿en dónde queda el Estado?, ¿qué ocurre con el régimen político?

En *El ocaso interminable...* se presenta una visión de conjunto de la crisis del régimen político mexicano, *de una crisis* que se entiende mejor dentro de las coordenadas de reconfiguración del capital en la forma del neoliberalismo, que se centra en el fundamentalismo del mercado, en la privatización, la desregulación y el adelgazamiento del Estado.

El régimen político y la economía *no van por separado*, pero tampoco corren en paralelo, más bien, lo que observamos, de acuerdo con Arturo Anguiano, es la subordinación y el entrampamiento del régimen, y del Estado mismo, a la nueva forma de economía dominante.

Así observamos el debilitamiento del Estado y el deterioro del régimen autoritario, pero *también la negativa* de ese régimen a desaparecer, porque la forma del Estado mínimo y la persistencia del régimen autoritario son

necesarios para la reorganización del capital, para generar condiciones y mayores incentivos para la acumulación y concentración de la riqueza, para la persistencia de desigualdades.

Los ejemplos de políticas neoliberales abundan; uno muy reciente es el decreto presidencial para la exención de impuestos por colegiaturas en servicios de educación privada, que ya empezó a generar protestas y movilizaciones en defensa de la educación pública.

La lectura del libro revela la subversión del Estado cada vez más incapaz de regular las relaciones económicas que dependen de un “oligopolio mundial”, para quien no existen fronteras nacionales ni otra prioridad que la acumulación y concentración de la riqueza.

Se apunta que efectivamente, en este siglo, México ya no es el mismo de aquel que se identificó bajo la forma Estado-partido; aunque no se trata de una transición a la democracia, Arturo Anguiano refiere que obedece a una larga transición histórica hacia la economía abierta, hacia el Estado acotado y la soberanía limitada.

Nos dice que en el periodo de la “Revolución hecha gobierno”, del Estado-partido, la estabilidad siempre fue insegura, precaria, combinando violencias y concesiones, con resistencias sociales que estallaban de manera recurrente, en 1948, 1958, 1968, 1988, 1994.

Identifica a 1968 como el año que marca el inicio de la transición histórica, del ascenso de los reclamos democráticos y de la lenta descomposición del régimen; la rasgadura fue el movimiento estudiantil que prácticamente se convirtió en el venero de los movimientos urbanos populares en varias ciudades del país durante la década de los setenta. La situación se explica mejor dentro de esta constelación de movimientos populares para no quedarnos en el plano localista.

Las resistencias sociales se multiplicaron en los movimientos municipalistas de los años ochenta y en los movimientos indígenas de los noventa, con el ascenso del zapatismo en Chiapas; en Oaxaca también se generó una vacuna contra la subversión a través del reconocimiento electoral de los usos y costumbres. Ya en la primera década de la alternancia en la Presidencia de la República, destacan los movimientos populares contra las imposiciones autoritarias: Atenco, Oaxaca y el movimiento

cívico identificado como lopezobradorismo. Los tres movimientos en el emblemático año del 2006.

El régimen autoritario remite al Estado-partido que dominó la vida política nacional durante más de 70 años y que aún persiste. Si observamos la postración del PRI y recientemente su articulación en el terreno electoral, incluso con los cuestionamientos, no es así en el terreno de la cultura política en donde seguimos observando sus victorias, puesto que al parecer, el patrimonialismo, el corporativismo y el clientelismo han encontrado cobijo en la clase política ampliada de todos los partidos. De esta manera, sectores populares dependientes de las relaciones clientelares, dejaron de ser parte del mencionado partido, pero no del sistema de dominio. La tesis iría en el siguiente sentido: el PRI, derrotas electorales, victorias culturales y reorganización del viejo partido.

El apunte de Arturo Anguiano acerca de que “la vida política nacional ya no está acaparada por la vieja familia revolucionaria, articulada a través del PRI-gobierno”, me recuerda el comentario que escuché, en alguna ocasión, por parte de don Pablo González Casanova, de que dicho partido no ha desaparecido por causa de las alternancias, sino que se ha fragmentado y multiplicado, en tanto que sus dirigentes y sus prácticas han colonizado a los partidos que se le oponen. Por esto considero que una hipótesis de trabajo derivada del estudio de este libro podría ser la continuidad en fragmentos del viejo partido de Estado y la persistencia de sus tentaciones centralizadoras.

Si bien desde el año 2000, e incluso antes en algunas entidades, las elecciones se organizaron como plebiscitos en contra del Estado-partido, con el objetivo prácticamente único de acabar con la dominación simbolizada por el PRI; este partido ha sido como un río que se desborda, que va bañando sus riberas, que va perdiendo sus fronteras, que se va infiltrando en los recovecos de las relaciones sociales y se guarece en donde encuentra autoritarismos.

En este trasiego ya no hay fronteras ideológicas, la gente que sale de ese partido no es por desacuerdo ante el neoliberalismo, sino simplemente porque se siente excluida o traicionada o, más simple aún, porque esa

estructura ya no le resulta útil. Observemos lo que ha ocurrido en las alternancias en los gobiernos estatales en donde el PRI gana perdiendo.

Entonces, observamos que no hay otra doctrina que la del oportunismo; antes los priístas adulaban la intervención económica del Estado, de la misma manera que hoy alaban las políticas a favor del mercado. Definirse como de centro es la gran excusa para moverse al vaivén de los discursos de izquierda y derecha según las negociaciones particulares. Así, han podido canjear reformas legislativas por la impunidad de sus operadores acusados de corrupción, o del incremento de impuestos para evitar coaliciones partidistas, es decir, el IVA por los votos, todo esto, adecuando la política a la economía de libre mercado.

Así podemos observar que el autoritarismo mexicano no es cosa del pasado, está lanzando hacia adelante; como la figura de un árbol de viejas raíces que se reproducen en forma de ramas, a través de las prácticas clientelares y antidemocráticas que ya no son exclusivas del PRI, puesto que los otros partidos las han hecho suyas.

Se plantea también que los partidos políticos resienten una crisis temprana; en una etapa en que estamos entrando a una mayor competencia partidista, los partidos políticos ya perdieron credibilidad.

El libro no trata demasiado de cacicazgos locales ni de municipios; pero considero que éstos constituyen espacios formidables en donde se han anidado y desarrollado prácticas corruptas, que se reflejan en la proliferación de reportes de obras inexistentes, inconclusas o de pésima calidad, avaladas por empresas constructoras y despachos surgidos al amparo de facciones políticas y negociaciones turbias para el reparto del presupuesto.

En las nuevas prácticas que ocurren en los municipios se observa el neoliberalismo en su versión más depredadora y en primer plano, en donde surgen y se acomodan “los nuevos ricos del subdesarrollo”, como les llama Arturo Anguiano.

En síntesis, no se observa la esperada y aclamada transición democrática sino la descomposición de la política estatal; el abismo entre la república imaginaria y la realidad; la separación entre la legalidad de las libertades y, a su vez, la persecución y la violencia hacia quienes las practican.

En esta trama, lo político sólo puede abrirse paso de manera abrupta, a contracorriente del vendaval de la economía mundializada, a través de los movimientos sociales, como procesos de reorganización desde abajo.

